

# LA GUERRA DE LAS MALVINAS

El 16 de junio de 1982 tuvo lugar en la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad del Salvador una conferencia a cargo del Mayor Luis Alberto Puga, que disertó sobre diversos aspectos del entonces reciente conflicto del Atlántico Sur.

En la alocución introductoria el Rvdo. Padre Puyelli justificó la presencia del Mayor Puga como necesaria para que los argentinos renovaran, en el difícil trance vivido, la fe y la confianza. Para ello, recordando un pasaje bíblico, remarcó la importancia que tenía la aceptación y comprensión de los designios divinos, aún en las situaciones más amargas. "Es precisamente por eso que está entre nosotros el Mayor Puga", —dijo— "para repetirnos con su conferencia el reproche de Jesucristo a los Apóstoles, y para decirnos con el testimonio de su vida, de su estilo militar de vida, consagrado al servicio de las armas: "Argentinos, no seáis hombres de poca fe".

A continuación el Señor Decano Interino de la Facultad de Filosofía, Licenciado Juan Alejandro Tobías, se encargó de presentar al conferenciante y dio lectura a una nota que recibiera en esa ocasión nuestro Embajador argentino en Francia, del Señor Pierre Klosterman, as de la aviación francesa, reconocido internacionalmente. Esta incluía un emotivo mensaje a los pilotos argentinos, alabando sus indiscutibles muestras de coraje y su patriótica entrega.

Realizadas las presentaciones, tomó la palabra el Mayor Luis Alberto Puga, señalando que "como reza un nihilista apotegma de nuestro tiempo: *la victoria tiene cien padres, la derrota es huérfana*. La Fuerza Aérea, a través de mi persona, hace frente y da la cara, en esta circunstancia difícil para la Patria. Trataré de rescatar los valores más preciados, pues en estas breves reflexiones no quiero otra cosa que transmitirles mi experiencia como testimonio, el

testimonio de los pilotos argentinos y las circunstancias que me han querido tener como partícipe directo en esta guerra".

"Hablaré en nombre de todos los pilotos argentinos, ya que no soy más que uno de ellos que ha hecho lo que debía hacer en cumplimiento del deber".

"El respeto que me merecen todos los aquí presentes me dice que estas profundas reflexiones deben responder a ciertos interrogantes planteados innumerables veces durante el conflicto: ¿los pilotos argentinos son kamikasis? ¿son suicidas?. Nada de ello; *hay algo más en el trasfondo de esta historia; quizás ahí está el valor esencial de todas estas palabras que no son más, sino solamente el testimonio de lo que yo recibí muchos años en la Escuela de Aviación Militar, de los valores que importan en la formación de un hombre. Ellos constituyen la esencia de la verdadera vida y mis palabras no tienen otro*

*sentido que dar testimonio de esa formación recibida".*

"Toda acción exterior humana refleja al hombre interior, al espíritu que, informado por los hábitos virtuosos, proyecta fuera de sí el orden que en él anida o, en caso contrario, la degradación subversiva del alma dividida. La guerra, como expresión del obrar humano, no escapa a lo dicho: encuadra en un marco justiciero y noble, el ámbito donde esplende más desinteresadamente el sentido esencial de la vida y de la muerte, donde la presencia del Dios vivo y su Mano Providente, por encima del fragor de la lucha, cubre con solicitud más próxima. Uno percibe la generosa asistencia divina del modo más inmediato y cuanto mayor es la eternidad de la causa por la que se combate".

*"En el orden natural, el bien de la Patria es la más egregia de las causas, y nuestra Fuerza Aérea nunca se ha separado de ella".*

"Todo el honor militar está allí y es lo que primero marca el alma de quien abraza el sacerdocio de las armas y debe aprenderlo de tal modo: que ninguna vicisitud de su carrera, ni siquiera la más adversa, ni siquiera la más injusta, ni siquiera la derrota que nos toca padecer, pueda apartarlo jamás de ese sentido del honor que surge de la conciencia lúcida de lo que sirve, de aquello a lo que se debe servir hasta perder la vida. Como en el Calvario de Nuestro Señor Jesucristo, en el campo de batalla se derrama la sangre inocente y quizás, la sangre más preciada, la de nuestros mejores hombres. Dar la vida por la Patria es un acto supremo de amor al prójimo, a ustedes y a Dios, a quien principalmente pertenece la Patria; es prodigarse por aquellos que más necesitan del justiciero ejercicio de las armas, que los protege y en el cual confían: es, como en la Cruz, un extremo servicio, un extremo sacrificio. No tiene otro sentido que ésta la muerte de un hombre que lucha por la Patria, del soldado que se brinda ente-

ro en el acto de servicio; así, su personalidad militar surge, crece y se perfila con nitidez en la medida de la renuncia a su ser y haber individuales, de la abnegación del propio yo, del don de sí hasta el grado heroico, hasta el límite de las fuerzas, hasta caer y morir en la misión encomendada, hasta el fin de la guerra, sea éste la victoria o la derrota".

*"Quien esto no entiende, jamás entenderá el sentido de la sangre generosamente derramada en esta guerra no declarada de las Malvinas; jamás entenderá a mis camaradas muertos que, lejos de la cobardía que abate al suicida y le hace renegar de la vida, supieron asumir los peligros y sacrificios propios del servicio hasta la muerte, para con ella sostener la vida más alta y plena de la Patria. Esta disposición de hacer de la paciencia el fondo de los sufrimientos y del valor, el desahogo de la paciencia, implica y refleja una formación religiosa, ética, intelectual y aun política, del militar que se prepara para morir y llevar a otros hombres a la muerte, en defensa de lo que hace a la esencia y al fin de la Patria".*

"De esta manera, se ponen en evidencia su unidad e integridad de ser, su soberanía y su honor, su cifra de eternidad sobre la tierra... Por esto vale la pena, para un hombre de armas, vivir y morir por esa esencia fija e inmutable que nos define como nación soberana y que hemos recibido del Señor de los Señores para su custodia y sostén".

*"Ningún sentido tendría quemar la vida por realidades accidentales y efímeras, que jamás en la historia han arrebatado el alma del hombre hacia las grandes gestas".*

"Si bien para un hombre de armas la vida vale como para cualquiera de ustedes, no vale tanto como para no arriesgarla por valores superiores. Por ello, lo importante es que en él, en el hombre de armas, esté clara la escala de valores".

"Como nos enseña Platón en la República, en su Cap. VI, es preciso esco-

ger a los que van a ser guerreros con toda precaución y prepararlos por medio de la filosofía —de la sabiduría humana diríamos nosotros— y de la gimnasia. Nuestro propósito es que ellos adquieran un tinte indeleble de la justicia que funda la República y que su alma, bien educada, se eleve a un juicio de tal modo firme sobre las cosas que deben respetarse y las cosas que deben repudiarse, que nada pueda borrarlo jamás: "ni el placer que en estos casos carcome más que la cal, —continúa Platón— ni el dolor ni el temor, ni los deseos que son los disolventes más activos".

"Es a esta potencia y a esta claridad en el juicio verdadero y justo sobre las cosas que deben respetarse y repudiarse, a los que llamo fundamento del valor y coloco en primer término... Los que se preparan para sufrir y morir por la patria deben saber qué cosa es la patria: su esencia y su fin lo que la hace fuerte y lo que la debilita, lo que la confirma en su ser y lo que la niega; deben saber que el hombre y la nación existen para Dios, que divididos de su fin absoluto y origen primero, como la apostasía universal de nuestros días lo pone de manifiesto, se niegan a sí mismos en lo que son y en lo que deben ser".

"Sin Dios, ¿qué será la Patria?... que de la tierra es la pertenencia más inmediata del Padre que está en los cielos". "El hombre por su inteligencia está ordenado a la verdad, que es la vida del alma. Nuestros hombres deben saber que si dividimos nuestro intelecto por un error de cosmovisión hoy muy en boga —racionalistas, idealistas, mecanicistas, enciclopedistas, positivistas y materialistas en toda su forma—, se corrompe la unidad esencial del espíritu, en su inteligencia, de lo que se deriva el conocimiento de la realidad y, en este caso, como consecuencia, su impotencia para regirlo".

"No deben extrañarnos que pierdan el rumbo las naciones cegadas en sus fines verdaderos, ciegas en el alma de

sus hombres; sin verdad no hay Patria verdadera. Sin el orden moral donde transparenta esa jerarquía divina y humana de los bienes apetecidos por la voluntad, que es participación de la bondad divina, el hombre se relaja, reblandecido por un positivismo hedonista. Este, en el marco de la nación, se proyecta capitulando, traicionando, desquiciando todo ejercicio fuerte e hidalgo del señorío sobre lo propio, toda reacción viril de la patria".

"Deben saber, además, que el hombre es un ser naturalmente político y social, es decir un hombre con patria, y que toda concepción anárquica, socializante, hace del número la medida de lo sagrado, lo noble y lo heroico. Se entroniza entonces la demagogia incompetente, irresponsable, que quiebra las raíces del sacrificio de sus muertos dejando huérfanas a las generaciones futuras de la ejemplaridad rectora de los padres de la nacionalidad".

"Deben saber, por último, que la familia requiere de un vínculo indisoluble, exigido por el perfeccionamiento de los hijos, que son el centro de atención. El estado debe proteger ese marco recoleto y solícito donde el hombre, desde su gestación, encuentra protección y sosiego para alcanzar la plenitud de sus potencialidades".

"Deben saber que el resquebrajamiento de la familia conlleva la destrucción de la Patria. A la luz de estas sencillas verdades que se deben sostener, se han de interpretar el uso eficiente y devastador de los medios guerreros, del poder aéreo, instrumentados en el combate, contra los errores e injusticias que se deben repudiar. Esto es lo que informan nuestros hombres de la Fuerza Aérea que saben por qué mueren y saben por qué matan; esto es lo que hace superar los medios aún inadecuados o técnicamente superados, como decía Klosterman: *una decisión inquebrantable de grandeza ilimitada que en el Dios de los ejércitos tiene su razón última*".

"Por ello, con patriotismo, debe-

mos empeñarnos en resistir a la injusticia y atacar la insolencia prepotente que un poderoso de la tierra pretende imponer al honor argentino".

"*La guerra no ha concluido; ha finalizado el episodio de una batalla que empezó hace 149 años*. Lo exigen la justicia para con nuestros muertos de hoy y de ayer, en quienes la nación vive; este ejercicio de la fortaleza heroica que Dios nos ha permitido restaurar, adormecido en las gestas del siglo pasado, vuelve a la Patria a sus fuentes generosas del esfuerzo y del sacrificio que el estilo guerrero de nuestros mayores forjaron, para que las generaciones futuras saciaran en ellas su sed de grandeza".

"Ese sacrificio que hoy nos reclama la continuidad de la herencia sanmartiniana, para ser merecedores dignos de la Patria recibida, para estar a la altura de nuestros héroes que desde las cumbres más altas nos exigen levantar como estandarte una fuerte ejemplaridad en la que puedan espejarse las generaciones venideras".

"No es legítimo renegar del imperio de esta justicia para con nuestros padres y nuestros sucesores, argumentando que ello puede provocar la derrota o descrédito del imperio inglés con la subsiguiente desestabilización de Occidente. Parafraseando a Santo Tomás Moro, a quien Inglaterra ha traicionado, *no debemos temer sostener la justicia de nuestra causa a todo trance, aunque corramos el riesgo del heroísmo de la propia vida*. Gran Bretaña ha renegado del Occidente verdadero, que, Dios Mediante, puede encontrar aquí el comienzo de su escarmiento, que quizás sirva para rescatar a la Inglaterra fiel a Cristo, es decir, leal a un Occidente, que de tal, ya poco tiene".

"La historia de la justicia de nuestra causa, más allá del resultado de la batalla no sólo nos recuperará fuertes para un destino de grandeza, sino que puede iluminar los rumbos de un Occidente disperso y engeguado y despertar al enemigo del letargo en que su sober-

bia insolente lo ha sumido".

"Estas sencillas y esenciales verdades, asumidas por nuestros camaradas, configuran en el teatro de operaciones un verdadero cuerpo místico, unido sobrenaturalmente en Cristo y su Santísima Madre, en la cohesión, la estabilidad, el ímpetu y la fuerza de Dios. Cada uno en su nivel debe sentir el orgullo de estar en las filas, todo entero al servicio de una gran misión, en aras de la cual puede decir con espíritu sanmartiniano: *mi vida es lo menos reservado que poseo*".

"Quede en claro como reflexión final que no animo un triunfalismo humano o la vanidad de creerse "el azote de Dios", sino la firme resolución de servir por encima de nuestra pequeñez, los designios de la Providencia; ser servidores del Señor, el primer servido. Debemos tener presente que adoramos a Cristo en la Cruz, en la imagen de la derrota y la frustración temporal, pero símbolo también de la victoria más soberana, divina y humana.

"En la economía de la salvación también las naciones se levantan sobre aparentes frustraciones de las que Dios se vale para perfeccionarlas a través del dolor. Este quizás sea el caso de Argentina en estos días. Nos queda ser fieles a ese camino que es verdad vivida, que asume la Cruz y la muerte humana para que en ella sea esplendor la victoria de la Providencia Divina."

Finalizada la conferencia, hizo uso de la palabra la Srta. Rectora de la Universidad del Salvador, Profesora María Mercedes Terrén, quien expresó que "como Rectora de esta Universidad del Salvador, de esta Universidad de Jesucristo, al escuchar esta meditación profunda de un joven oficial de las Fuerzas Armadas de la Nación Argentina, de la Aeronáutica Argentina, quiero decir delante de todos los alumnos de esta Universidad del Salvador que cubren la mayoría de esta sala en el día de hoy, y como educadora de varias generaciones de Histo-

ria, en distintos institutos de esta ciudad de Buenos Aires, que sé del dolor que hay en el corazón, diría, de la totalidad de los argentinos. Pero sé también que hay derrotas que son triunfos, que son victorias. San Martín en un momento dado de su vida consiguió la victoria más grande de sus victorias, que fue la victoria sobre sí mismo, en Guayaquil. Nosotros, como lo ha dicho muy bien el Mayor Puga, vivimos una noche oscura que han vivido también los santos en la trayectoria de su vida. Es el momento profundo de la meditación, de la reflexión, del sumergirse en sí mismos, como nación, valor constante en la historia del hombre y que ha predominado a lo largo de la histo-

ria desde la creación del hombre por Dios.

"Las naciones también tienen que tomar, como la persona humana, autoconciencia de sí mismas; tener autocontrol y autodecisión. Por la Argentina, nuestra Patria, nuestra querida y gloriosa Patria, en este momento le toca a todos los argentinos hacer un examen de conciencia profundo, en el ser nacional, y el ser nacional se forma en cada uno de los argentinos. Si meditamos en profundidad, y si lo sabemos hacer, nos dará gran autocontrol —que hoy lo necesitamos todos— el señorío, del cual se habló, la hidalguía, la caballerosidad y la autodecisión. La autodecisión argentina en estos momentos

profundos, porque el dolor purifica, si lo sabemos asumir; si lo sabemos asumir en plenitud, tomamos la autodecisión de unirnos en la adversidad. Somos pocos los argentinos y si estamos divididos, lo he dicho muchas veces a la juventud, ¿a dónde vamos?. Unido en la diversidad, sabiendo que, si somos pocos, pero unidos y calificados —calificándonos quiere decir perfeccionándonos cada uno en los particulares que Dios nos ha dado—, caminaremos como personas, como argentinos, hacia los grandes destinos que soñaron nuestros próceres, entre ellos el General San Martín, Padre de la Patria, que dijo: "*Serás lo que debes ser, y si no, no serás nada*".

Mayor Carlos Alberto Puga